



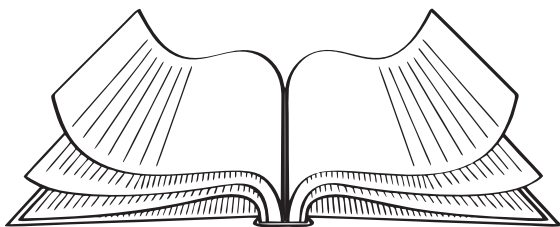
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
ABRIL-MAYO
2023



No. 43



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 43

www.porescrito.org





PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

<i>La poesía del silencio</i>	
Sheina Lee.....	7
<i>En los ebrios</i>	
Ronald René Chuquija Aracayo.....	8
<i>El ser entero no es ladrar en voz alta</i>	
A. González E.	9
<i>Un ego absurdo</i>	
Bryan Sánchez Méndez.....	10
<i>No de amor</i>	
Carmen Julia Holguín Chaparro	11
<i>Sin título</i>	
Mateo Mansilla-Moya.....	12
<i>Sin título</i>	
Mateo Mansilla-Moya.....	13
<i>Designio</i>	
Beatriz Sandoval	14
<i>Por su bendita culpa</i>	
Daniel Álvarez	15

FIRMAS

<i>Mi querido Raúl</i>	
Rosario Castellanos.....	17
<i>Tu ausencia</i>	
Fernando Corona.....	20
<i>La última mujer casada</i>	
Cecilia Durán Mena	21
<i>La piel se marchita</i>	
Andrea Fischer	27
<i>El arte de mentir</i>	
Salvador Cristerna.....	30

IMAGINARIO

<i>Sin título</i> Vik Ollpez	34
<i>Semejanzas (Mano sobre tierra cuarteada por el paso del tiempo)</i> Kashya Siqueiros S.	34
<i>Sin título</i> Vik Ollpez	35
<i>Recolectando muerte</i> Gibrany Jazzmeleth Becerril Sáenz	35
<i>Zorro negro</i> Ирина Видзяйло	36
<i>Entre piñatas</i> Gibrany Jazzmeleth Becerril Sáenz	36

VOCES

<i>Génesis de un microuniverso</i> Gabriel Ramos	37
<i>Así lo escuché en la radio</i> Iván Medina Castro	41
<i>El secreto de Dionicia</i> Fidel Cantú	43
<i>Disolvencias</i> Abril Alcaraz	48
<i>A través de los sueños</i> Natalia Cobo	50
<i>Desintegración</i> Héctor Daniel Olivera Campos	61

Hablando por escrito

La invitación es a leer. Queremos que leas. Anhelamos que te adentres en este mundo de letras. Es toda una aventura en la que puedes admirar geometrías que de otra forma no habrías percibido. Detenerte y hojear la revista. Así, tal vez, algún texto haga resonancia en el alma, te traiga algún recuerdo o te invite a hacer una pausa.

Es esta una oportunidad para explorar. Es una aventura en la que, de pronto, puedes toparte con algún texto que te atrapa, con una palabra que te conmueve o con el renglón que exprese aquello que tuviste atrapado en la punta de la lengua por tanto tiempo y a partir de lo leído ha sido liberado.

Puede ser que conforme avances en los párrafos y transcurren las páginas, se desvelen las historias que hemos escrito para ti. Si te relajas y te concentras, verás que te topas con escenarios ficcionales que verás con claridad, las voces del texto te hablan, las tramas tienen sentido, las descripciones repican, los objetos adquieren corporeidad, las sensaciones florecen, los sentimientos dan fruto y las emociones revolotean dentro y alrededor. Esa es la magia de la lectura.

Casi sin querer, esta revista —Pretextos literarios Por escrito— te llevó a otro mundo. La realidad se disolvió. Miraste a los personajes. Escuchaste las voces de los autores. Te acercaste a la ficción. Pero hiciste algo más: permitiste que el texto llegara a su destino. Le abriste la puerta para entrar y lo dejaste entrar.

Por eso, como cada número de esta revista, seguimos en nuestro afán: seguimos atrapando lectores para nunca dejarlos ir. ¿Sabes por qué? Porque en este espacio, las letras importan.

Por ello, con esa vocación y subidos en ese ímpetu, he aquí el número 43.

La editora general





Revista *Por escrito* te invita a sus talleres y cursos:

**CURSO DE
APRECIACIÓN
LITERARIA**

**TALLER DE
ESCRITURA
CREATIVA**

**CURSO DE
ANTROPOLOGÍA
LITERARIA**

**TALLER DE
LECTURA**

Para más información escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

La poesía del silencio

Sheina Lee

La poesía del silencio
se transmite en las miradas,
a veces brilla en los sueños,
cuando se encuentran las almas;
allí, en lo alto del cielo,
estrellas y luna clara,
un intercambio de versos,
sin decir una palabra;
que amantes entre besos,
comparten bajo las mantas;
transmutándose sus cuerpos,
entre caricias calladas.

Los poemas del silencio
parecen no decir nada,
pero narran los misterios,
que la noche fiel resguarda,
resurgen con cada encuentro,
y se vuelven madrugada;
con esos colores bellos,
que van decorando el alba.



Guirza Shueke

En los ebrios

Ronald René Chuquija Aracayo

Garabatos... garabatos...
dibujo en la noche mis locuras,
diseño un amorfo rostro olvidado,
trazo con lápiz de soledad
y sólo resultan garabatos.

Vuelo en círculo,
reboto de la tierra,
soy más rápido que nunca,
soy invencible.
Soy inmune a cualquier dolor y temor,
siempre soy dueño de la muerte,
soy todo aquello que quise,
artista, orador, un romántico empedernido,
lujurioso y semental:
soy perfecto.

Me toco el pecho y late a mil,
hago garabatos en la calle
mientras fabulo sueños al cielo,
acompañado en un vaivén de delirios.



Guirza Shueke

El ser entero no es ladrar en voz alta

A. González E.

El ser entero no es ladrar en voz alta.

Leopoldo María Panero

Aquí soy yo
ladrando al papel

escupiendo admiradas gotas
con gusto enloquecido

haciendo del total
una fracción
incapaz del calor

Me siento perro
entre tanto silencio exangüe
me siento perro
y ladrido de serpiente



Guirza Shueke

Un ego absurdo

Bryan Sánchez Méndez

Camina sin prisa amigo mío, que tus pasos
resuenen en el cosmos y llamen
a las deidades alojadas en tu centro.

Contéplalas y mátalas, nada de ídolos,
sólo la destrucción egocéntrica de un
rostro caído.

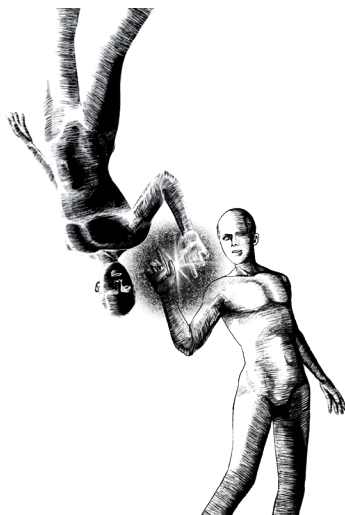
Duda del cielo y la tierra, vuélvete un
insecto, una nube, un mortal, la nada
que forma los significantes del mundo
para su completa subordinación.

Consciencia y cognición, amantes de la
mente bajo carne podrida de inacción
en la realidad fluctuante que vives
diariamente.

Como Sísifo tu roca eterna empujas, con
todo y humildad a la cima no llegarás,
pues esta nunca existió.

A pesar de la quietud, la corrupción,
con un rápido soplido todo se derrumba
sobre ti, nada importa, todo muere.

Al final todo destino sigue siendo el mismo.



No de amor

Carmen Julia Holguín Chaparro

"Muerdo de ti, amor, de amor de ti"

Jaime Sabines

I

Vi las señales
pero no supe cómo
parar el viaje.

II

Junto a las rosas
palidece el morado.
Nada es eterno.

III

Dulce la sangre
que se bebe a besos.
Amargo trago.

IV

Muerdo de ti
que sostienes la muerte
sobre mi fe.

V

Si te lastima
no puede ser amor
si te duele.



Paloma Niembro

Sin título

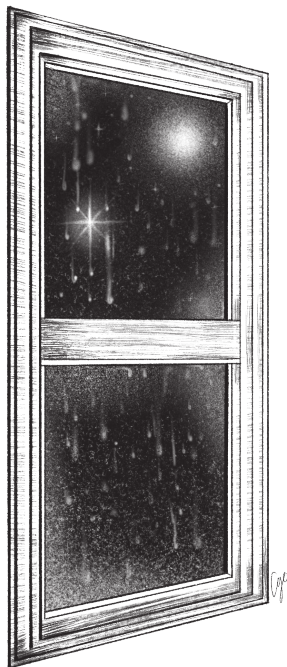
Mateo Mansilla-Moya

Me ahogo en la insomne gota de lluvia
que llevó del cielo a mi ventana
la estrella donde te conocí;

me ahogo en el humo del tabaco
que danza veloz ante mí
mientras el cigarro se consume;

me ahogo en la rugosa voz de Dylan
que canta a los seres libres
al otro lado de la habitación;

mientras, confinado en el recuerdo
evocado por el quebrar
del agua en el jardín,
me consumo
reconociéndote
la estrella que
en la gota,
por la ventana,
desciende
a
su
fin.



Carolina Gómez Cea

Sin título

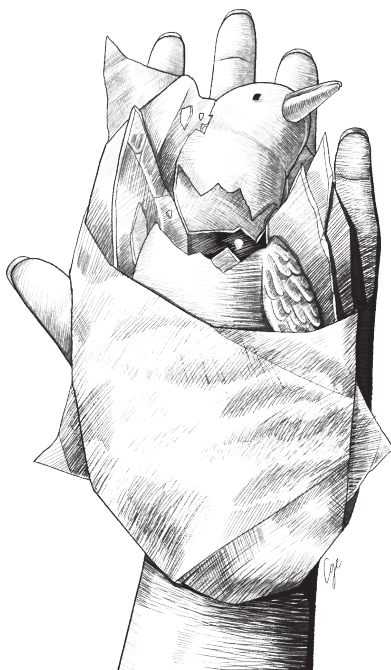
Mateo Mansilla-Moya

Cayó al piso sin rozar al aire que la haría expandirse
[como una ola en el espacio, y se quebró.

Se quebró
y rimó con tus fragmentados labios,
y combinó con el cielo
de oscuro
terciopelo estrellado.

La observé
difuminarse en la tierra
y a ti
con la noche llorar las estrellas.

Levanté los vestigios
de tu palabra rota
y con promesas olvidadas
la envolví
y te la devolví.



Carolina Gómez Cea

Designio

Beatriz Sandoval

Cómo he deseado cerrar por última vez
la puerta de esta casa,
recorrer la ciudad y despedirme
antes de que amanezca,
antes de que redoble la campana,
antes de que los cuerpos sean de nuevo por el alma habitados
—el alma que soñaba que era libre.

Pero me quedo;
me amarro a las paredes,
me doy a este lugar en pertenencia,
como si me quisiera, como si me abrazara.
Me quedo.
Por miedo o por desidia o por designio
es que no me desprendo de vivir.



Guirza Shueke

Por su bendita culpa

Daniel Álvarez

Tallo con la punta
de un astro agonizante
palabras en su piel
indomable.

Saboreo
los zumos de su osamenta
—panal embebido
con vinos y recuerdos—
para terminar ardiendo
en las chamizas de la pasión.
Desnudo con ímpetu
a las sonrisas olvidadas.



Carolina Gómez Cea

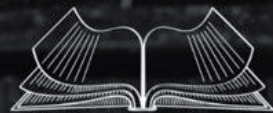


CURSO DE

ANTROPOLOGÍA LITERARIA

Para más información escribenos:

CONTACTO@PORESCRITO.COM



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Mi querido Raúl

Rosario Castellanos

Aprobado para su publicación por Ed. FCE,
Cartas encontradas (1966-1974), Rosario Castellanos y Raúl Ortiz y Ortiz,
México, 2022

Madison, Wisconsin, 6 de octubre de 1966

Sr. Lic. Raúl Ortiz y Ortiz.
México, D. F.

Mi querido Raúl, único amigo a la altura del arte:

A tu regreso de Venezuela tienes que haber encontrado una carta mía, aunque la envié a la dirección equivocada. Es la calle pero no el número exacto, aunque muy próximo. Espero de la intuición del cartero (que no falla nunca) y de la amabilidad de tus vecinos que haya llegado a tus manos.

Ya por ella sabrás que estoy aquí, al pie del tío Sam, viviendo intensamente. Los alumnos no me deprimen por las razones que supone Mr. Brown¹ sino por su número que es infinito y por sus conocimientos que son de lo más desconcertantes. Cuando crees que te estás moviendo en el nivel adecuado de pronto se hace el vacío de la ignorancia más total y cuando te dejas caer a ese vacío te levanta otra vez el comentario inteligente de alguien. El caso es que no doy una pero como desde México me acostumbré a ser una voz clamante en el desierto ya ni sudo ni me acongojo.

Y sudar es difícil aquí, como tú comprendes. A pesar de la fecha el invierno se acerca con pasos agigantados. Espero, un día de éstos, encontrar un lobo en las puertas de mi apartamento y te aseguro que le permitiré, con la cortesía de un indio mexicano, que me coma viva. Todo antes que una conversación en inglés.

¹ John Brown, el agregado cultural de la embajada de los Estados Unidos en México. Se le atribuyó haberse molestado porque el doctor Chávez no estuvo de acuerdo con que se fundara un Centro de Estudios Norteamericanos sin el previo consentimiento del Consejo Universitario.

Definitivamente, maestro, Dios no me hizo bilingüe.² Leo bastante bien y hasta entiendo lo que hablan pero tengo una resistencia tan total que fíjate que cuando la reunión es exclusivamente en el idioma del Cisne de Avon, ensordezco. Literal. Simple y sencillamente no oigo. Es como para darme de patadas en la espinilla.

He tenido unas experiencias siniestras. Como ésta es una ciudad muy cosmopolita (160 000 habitantes nada menos) hay una multitud de cines en los que exhiben películas de una actualidad espeluznante. *La dolce vita*, por ejemplo. Me lancé a verla, cuando vi que pasaban semanas y semanas sin cambiar el programa. Y que aparece el precioso de Mastroianni ha blando en inglés, el infecto. La película estaba doblada y nunca entendías por qué los protagonistas se abofeteaban, intentaban suicidarse, hacían toda clase de contorsiones. Porque ni siquiera habían levantado la voz y se expresaban con una corrección de lo más sajona. Y sangrona. Qué horror, cómo parece de vieja y de pasada de moda esa obra maestra que nos conmovió en nuestra lejana juventud.

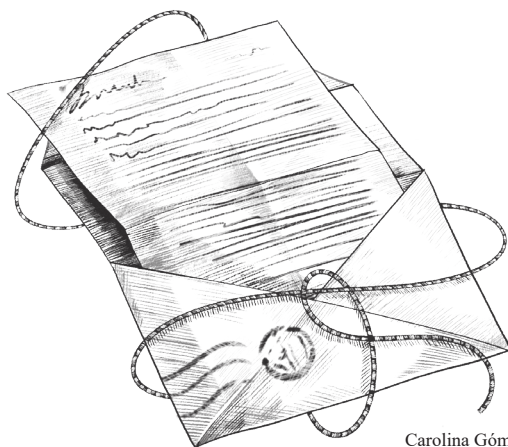
En los otros cines (porque hay como tres y están siempre absolutamente vacíos, a pesar de los conciertos de órgano con que te obsequian en los intermedios) siempre están dando películas de terror, de esas que sales con el telefe de que te van a ahorcar en la esquina. Y a mí de veras me asustan, así que no voy. ¿Qué hago entonces? Me siento a esperar la llegada de la musa, que, ay, se muestra remisa y más bien ausente y probablemente fugitiva. No en vano nos hemos agotado nadando contra la corriente entre las olas civiles. Ya me imagino que si hubiera yo estado en México ahora que cayó Uruchurtu me voy a los periféricos a hacer manifestaciones de protesta. Y a propósito, ¿no han descubierto ninguna otra conspiración? ¿No hay nadie más en la cárcel? Me extrañaría mucho que no fuera así.

Caralampio³ me habla por teléfono dos veces a la semana, gracias a lo cual no me he muerto de la tristeza de estar lejos de él. Aunque por otro lado te diré que había llegado a un límite tal de tensión, de malestar y de furia que seguir viviendo en México habría sido fatídico.⁴ El tiempo, que todo lo borra como decían los clásicos, y el espacio que ayuda al tiempo, me harán regresar más calmada y más pacífica. Espero.

2 Rosario, por la gran confianza que existía entre nosotros, al aceptar su nombramiento como embajadora y ante la necesidad de ampliar sus conocimientos del idioma inglés, me pidió que todas las noches tuviéramos lecciones de conversación en esa lengua, lo cual llevamos a cabo rigurosa y prácticamente desde el momento de su designación hasta la fecha en que dejó México para incorporarse a su cargo.

3 Apodo que de cariño le había puesto el secretario general de la universidad, Roberto L. Mantilla Molina, a Gabriel, el hijo de Rosario Castellanos.

4 Las cartas escritas durante su estancia en Wisconsin, que van del 13 de septiembre de 1966 al 5 de enero de 1967, dan cuenta del estado de ánimo y de todos los incidentes y la ignominia a los que Castellanos misma se prestó, y que pueden conocerse a través de las Cartas a Ricardo. Basta el siguiente fragmento: "A veces, cuando la desesperación es muy fuerte, pienso que era preferible el sanatorio y que es excesivo pedirle a una gente tan enferma como yo que se comporte como si fuera normal. Pero luego pienso en que el sanatorio sería ya declararse completamente vencida, darse por muerta" (22 de septiembre de 1966, p. 187).



Carolina Gómez Cea

He estado leyendo novelas de Mailer, de Bellow y de Mary McCarthy. Cuentos de Salinger. Ninguno de ellos aguanta demasiado, para mi gusto. En cambio morí de placer con los *Siete cuentos góticos*, de Isak Dinesen. Seguramente tú la conoces, pero si no es así apresúrate a hacerlo porque es sensacional.

Para mis clases tengo que releer una serie de novelas que me están haciendo ver de un modo muy diferente lo que ya tenía muy establecido. De pronto me encuentro con que Carpentier es genial y que Carlos Fuentes está a un paso de convertirse en Luis Spota a cada instante. Que *Al filo del agua* como que es cada vez más profunda y verdadera mientras que se desvanecen los chistes de Ibargüengoitia y aun los de mi muy querido Emilio Carballido. De Juan García Ponce ni hablar. Es el aburrimiento en su estado puro.

Bueno, maestro. Hágame favor de contestarme porque me da mucho gusto recibir sus hermosas cartas. Paséese mientras dura este efímero carnaval que es el sexenio y reciba mi afecto, extensible totalmente a Yocasta y a la señora Ivanovich.

Rosario

Tu ausencia

Fernando Corona

Nada pasó en mis brazos cuando estuviste lejos,
cuando no te veía rondar por mis ventanas
como un fantasma viejo que ya no espanta a nadie.

La lluvia fue la misma sesión de tener frío.
Cuando no te esperaba sentado en los peldaños,
tampoco el edificio cambió su indiferencia.

Se poblaron las calles del sol alicaído
y entonces poco a poco nos fuimos contagiando
del aire insuficiente para elevar la risa.

Las noches derramaron, ya sabes, otras lluvias
más lentas y más breves; ahí también estuve
contando en cada gota la herida del silencio.

Nada pasó realmente cuando te hallabas lejos.
Los detalles se apagan mientras se ve el entorno
y así, frente al afuera, lo nuestro es cualquier cosa.

Tu pecho, tus abrazos, valieron los instantes
de luna en que supimos trenzarnos con las manos.
Después mirar el cielo nos fue volviendo olvido.

Sigue el sol en las calles y observo nuevos árboles
delante de estos ojos apenas levantados.
Nada pasó en mis brazos cuando se vieron solos.



La última mujer casada

Cecilia Durán Mena

1. Después de la última mujer casada

Quedó como un baratillo de ropa usada. Hablaba solo y en voz alta sin darse cuenta. La bata tan blanca se le pegaba al cuerpo y era un charco de sudor frío. Se tambaleaba como un boxeador al que se sonaron en el segundo asalto, incapaz de caminar en línea recta o de mantener la vertical antes de caer como costal al suelo. Una pena que un hombre apuesto, educado, con buena conversación quedara despachurrado, haciendo lobitos en el aire. Marcelo dice que los bolivianos son todos melancólicos y después de la última mujer casada, quedó peor. Tarde, muy tarde comprendió que ese enamoramiento representaba un riesgo mal calculado. Se dejó llevar. Parecía tan encantadora la idea de conquistarla y, ya se sabe, mientras más alto vuelas, más duro es el golpe.

Marcelo se desbarrancó en caída libre tan rápido que no pudo ni meter las manos. Me dijo que un exceso de reflexión puede parar a voluntad. Ojalá hubiera parado. Con la ilusión, la piel le pareció tierna, mullida, transparente, toda labios, sólo boca. Andaba sonriente, con esa felicidad tan pura como la de los niños que juegan entre otros niños; con esa alegría que no se deja envenenar por los escrúpulos: era mucho el regocijo, algo tan equívoco y genuino. Por eso le dolió tanto, porque no lo vio venir.

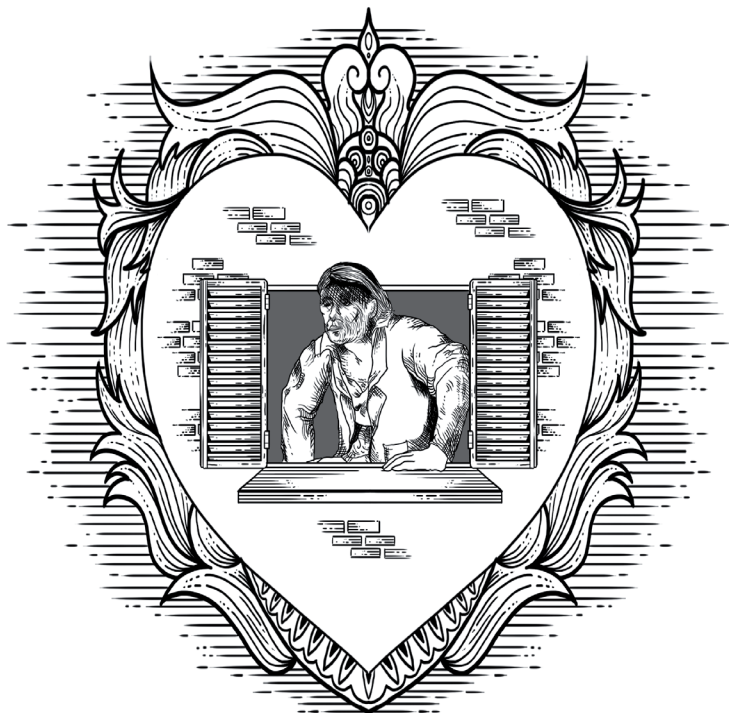
Nunca imaginó ese tipo de amor, sí de amor. No lo buscó, le cayó del cielo. Era una intensidad de esas que antes de conocerla sospechaba y se convenció de que no existía hasta que la vio, hasta que la sintió. Incluso rejuveneció. Los ojos verdes se le achisparon, irguió la postura, la sonrisa se le dulcificó y daba la impresión de flotar en vez de caminar. Adquirió ese brillo interesante de hombre canoso al que se le acomodaron bien los años. Destacaba por su buena apariencia. Ojalá pudiera inventarme una forma de ser feliz sin ella, me dijo. Creo que estaba a punto de llorar.

2. Antes de la primera mujer casada

Marcelo no es cualquier roto, es un cardiólogo prestigiado. Es muy posible que haya sido guapo cuando era joven —¿cómo no haberlo sido con semejante figura?—, claro que ahora le quedó un aire tembloroso en las manos. Marcelo también tiene su historia. Me la contó hace años, no hace falta saber si es verdad. Decidió abandonar Cochabamba cuando aún era muy joven, porque quería ser como el doctor Jordán, un médico internista que se fue de Bolivia para estudiar en México. Según su mentor, los mejores médicos estudian en la capital de aquel país y se especializan en el Hospital 20 de Noviembre. Jordán partió y regresó a su tierra con una mano adelante y otra atrás, pero con muchos

conocimientos. Puso una clínica que creció y creció de la misma manera en que sus cuentas bancarias. Por eso, Marcelo lo admiraba y quiso seguir sus pasos, pero jamás volvió a la tierra que lo vio nacer. Siempre valoró los consejos de Jordán. La verdad, no todos eran consejos valiosos.

Mira, Marcelo, le decía con esa añoranza boliviana, cuando estés en México tienes que estudiar mucho y conseguirte una mina casada —o muchas—, una que sea tronera, que te alivie las necesidades y te ayude. Sobre todo, eso: que te ayude. No seas muy fijado ni muy riguroso, las bonitas son



David Guerrero

exigentes. Las bonitas no son mejores. Tú no quieres que te exijan. Encuentra y elige a las que son sacrificadas, de las que trabajan horas y horas para llevar el pan a su casa y están muy solas, verás que de esas sobran, no creas que no. Ponte listo y consíguete una de esas porque son de las que dan y no quitan: son discretas y generosas en todo sentido. Son de las que tiran el carro ¿entiendes, no? Las pobrecillas van sin el apoyo de sus parejas y sacan adelante a todos en sus familias, trabajan, lavan la ropa a mano, buscan segundos trabajos para tener algo más de platita... y en ese afán diario, ellas siempre quedan en último lugar, pocas veces se miran y cuidan a sí mismas anteponiendo siempre las necesidades de los demás a las suyas propias. Son agradecidas. No te enamores. En serio, no te vayas a enamorar. Acéptales todas las atenciones y verás cómo todo te va de maravilla. Me consta que le hizo caso a su mentor.

3. Tantas mujeres casadas

Eso hizo. Marcelo siguió al pie de la letra los consejos del doctor Jordán. Se despidió de su noviecita boliviana y le prometió que al volver, la próxima vez que la viera, le compensaría todo amor con caricias y regalos. Por eso me tienes que esperar, porque voy a volver por ti. Ella lo esperó, él no volvió. Él olvidó. Yo creo que ella lo sigue esperando. Seguro que, si tiembla al pensar en él, no es de alegría.

El doctor Jordán tuvo mucha razón. Las minas casadas fueron muy generosas. Agradecían ser vistas, dejar de ser transparentes, sentirse bellas, deseadas. Marcelo con todas gozó la maravilla de los labios, la locura de besar, la caricia libre en horarios convenidos, la emoción traviesa y muchos regalos a cambio de brazos complacientes, oídos atentos, boca bien cerrada y la memoria débil que todos los caballeros deben tener. En eso fue impecable, nunca pronunció sus nombres, a ninguna le dijo que no, jamás prometió y cumplió olvidando.

4. La mujer con la que se casó

Sería faltar a la verdad decir que Marcelo se casó por conveniencia, porque quiso y mucho a su esposa. Claro que también es cierto y ayudó el hecho de que fuera hija de un médico prominente que lo tomó bajo su protección y le cumplió el sueño de entrar a hacer la especialidad al Hospital 20 de Noviembre. Claro que no hubo necesidad de que lo llevaran al altar con escopeta después de que el suegro los encontrara disfrutando en lo oscurito del rincón de su casa. Marcelo me dijo y le creo que la amó hasta que la muerte los separó. Forjaron una familia, hijos de un migrante que a su vez migraron a universidades extranjeras y se quedaron a vivir en el primer mundo. Fue un buen matrimonio con amor a su modo, porque eso del gusto por las minas casadas no se le quitó. Ese ímpetu fue como una curva de Gauss, los primeros días de matrimonio fue infiel, pero poco. Las ansias

fueron creciendo hasta llegar a su máximo —fue amante de muchas— que con el tiempo decrecieron, las ansias y las mujeres. Hay quienes creen que ella estaba enterada de esas infidelidades y que no le importaban. Así de mucho amó a Marcelo.

Cuando murió su esposa, el luto se le metió al alma. Entonces sí que fue fiel, le dedicó toda la fidelidad a un retrato con el que hablaba por las mañanas al despertar y por las noches al irse a dormir. En la mesita donde estaba el marco con la fotografía, siempre había un cabo de vela encendido en honor a la difunta. ¡Ay, Marcelo! Qué pena más grande tienes.

5. Entre las puertas del corazón

Un cardiólogo como Marcelo vive en las puertas del corazón. No es que no tuviera sentimientos por tantas minas casadas, porque de quererlas, se puede decir que las quiso y les tuvo agradecimiento, aunque le sería imposible recordar todos los nombres, todos los rostros, todas las veces. Con esfuerzos, pudo traer a la memoria la cara de la primera y se acordó de una que otra Rosita. A su mujer la lloró hasta los huesos, creo que la lloró más de lo que la quiso.

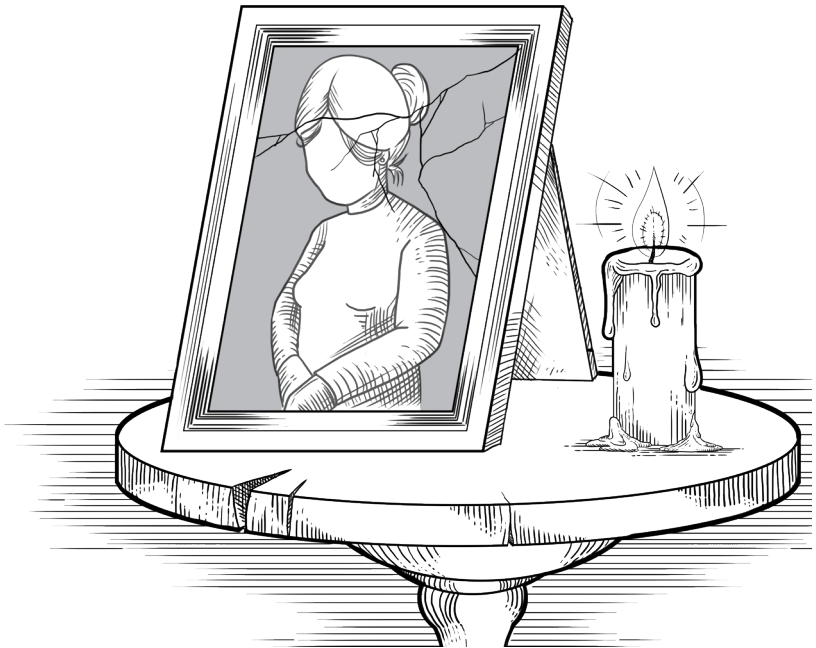
La viudez lo enflaqueció, lo jorobó, lo despeinó, le quitó el hambre y le dejó una temblorina en las manos que se esforzaba por disimular. Algunos pacientes creyeron que estaba tomando demasiado. Un cuerpo triste envejece rápido: los músculos perdieron masa, los ojos chispa. Sus hijos, a la distancia, le pedían que se cuidara, que comiera. Los viudos no necesitan mucho para sostenerse. Con las migas se sostienen. Sí, pero si se les rechazan las migas, mueren de hambre. Sal, papá. Diviértete. Encuentra a alguien. Nadie —ni yo—, se muere de soledad ni necesita mucho afecto para sobrevivir. Todos necesitamos, papá. Yo no. Se aferró al consultorio, a las imágenes de los pacientes que analizaba en su aparato de ultrasonido. Yo veo la sangre por dentro, se concentraba mientras su corazón entrüstecía a velocidades vertiginosas. Se sentía entre las puertas del corazón, como quien se asoma de puntitas a ver el despeñadero y siente ganas de aventarse.

6. La última mujer casada

Tal vez fue el aroma a jardín porque no la conoció en su mejor día. Una sala de urgencias, una llamada de rutina, un correr a atender una emergencia y la vio. Tal vez fue la mirada inteligente, el vocabulario culto, la pregunta atinada. Pero, no. No hay que engañarse, no fue un impulso intelectual, fue un reflejo muy carnal. Sintió renacer el disfrute de la vida plena. Tal vez fue todo o nada de eso. Era montaña y el verdor, pimienta y geranio, naranja y azar. El estímulo se le metió al encéfalo, a la médula espinal y se le nubló la mirada. Para entender hay que estar en silencio y escuchar. Seguro fue eso, seguro fue la forma en que lo supo escuchar. Tuvo, tuvo que tocarla.

Me dejó azul de camote esa mujer. Le llegó el otro amor, sí, amor. Ese que es loco y sublime, despótico y humilde, premio y castigo, físico y aniñado. Se convirtió en su esclavo. Es verdad, quedó invadido por ella. Pero, desde el principio y todo el tiempo fue su olor. Debió hacer caso a los ojos y oídos, pero ese aroma entró empujando al resto de los sentidos a un puesto secundario. Empezó a fantasear con su sabor, a imaginar la química de su gusto, ¿a qué sabrá? A algo agradable, sabroso. Quiso entrar al estudio de su astringencia, saber de su picor, analizar su acidez, su frescura. Cuando percibió la argolla matrimonial, recordó la aventura de aquellos sabores tan placenteros. Sonrió.

Así empezó a soñar, iluminando esa parte de ella que no conoció. Empezó a tejer una vida que nada más existía en su mente. Y, aunque ella no lo supiera, la había visto cruzar la puerta de su casa sin decir que no, entrar a su despacho, curiosear los libros, responder preguntas, tomarlo de la mano para subir las escaleras y abrir las sábanas para entrar abrazados. También habló con ella en la cama. Ya ni me cuentes, Marcelo.



David Guerrero

7. Estoy en tus labios

El problema está ahí, en ser un enamorado sin ser bruto. Debes corresponderme, de otra manera haré una locura. Mientras las lluvias de verano mojaban la Ciudad de México, un arrebatado Marcelo rayaba el cielo con el dedo. Pasaron tres meses desde que empezó a planear el primer beso. Eligió las palabras para acercarse, recurrió a sus antiguas fórmulas. Algo fallaba. Su amor ya empezaba a mostrar sombras. No se alineaban las circunstancias. Marcelo quería besarla, amarla. Se lo arrebató. Correspondió. Los pulsos se elevaron. El corazón bombeó tanta sangre y el tiempo se detuvo. El segundero aceleró. Ella da un paso atrás y se limpia los labios. Marcelo reniega de que su mundo ha sido atropellado. Está sorprendido. Está confundido.

Entiéndeme, Marcelo. Ella le toca los labios. Lo intenta de nuevo. La toma por la muñeca. Yo no quiero que te rebeles y dejes a los tuyos, no quiero que me dejes a mí tampoco. Quiso irse, la convenció de quedarse. Pero hay mujeres que no se dejan domar por los sentimientos. ¿Lo quiso?, no sé. No la conocí o la conocí a través de Marcelo. La despedida es fría, el aire tenso, y el cardiólogo se va rendido. Esa noche su vida pierde sentido. Al llegar a su casa, la llama otra vez, manda un mensaje de amenaza: No me olvides. Es lo único que te exijo. Contesta. Debes contestar; de otro modo haré una locura. ¿Dónde estás? La pantalla no se ilumina ni lo volverá a hacer. En el desafuero de la imaginación la siente. Estoy en tus labios.

La piel se marchita

Andrea Fischer

1. Me dejé engañar

Durante dos semanas, una mujer pálida se paró frente a la ventana del local. Exactamente a la misma hora, se detenía para ver los cuarzos que teníamos de exposición, para que turistas como ella se hipnotizaran con el arrebol discreto que les roban a las nubes al amanecer. Asumí que era gringa, porque nunca me devolvió el saludo. Tal cual, como si no entendiera español. Sólo me sonreía con un gesto acerado, como si fuera una muñeca de porcelana o alguno de los santos en los nichos de la parroquia: su rostro estaba paralizado por completo en una misma mueca.

La mujer venía recién levantada. Era noviembre y, por el frío que hace en las mañanas, se envolvía a sí misma en una gabardina de gamuza gastada. Abajo sólo traía una blusita de tirantes delgados, que dejaba ver la línea firme de sus clavículas y unas cuantas venas enmarañadas. Me pregunté a mí misma varias veces si se había bañado recientemente. No porque oliera mal, sino porque los extranjeros generalmente no son limpios, y vaya que tenía el pelo graso. Me imaginé que, si se aseara, tal vez podría despolvar las pecas que tenía espolvoreadas sobre los pómulos.

Nunca tocó nada. Después de unos minutos de observar las piedras, sencillamente desviaba la mirada y se iba. Con el tiempo, como vendedora, te acostumbras a ese tipo de cosas. San Miguel se inundó de extranjeros hace décadas, y todos se dirigen a los locales con la misma deferencia plástica. Así que decidí no prestarle demasiada atención: era una más de las presencias extrañas que se sienten en la jornada, entre los torrentes incansables de turistas que recibimos todos los días.

Me dejé engañar.

2. Miradas amuralladas

En un pueblo así, es raro encontrarse a los turistas desayunando en fondas locales o en la fila del banco. La mirada de quienes vivimos aquí es muy diferente. No se siente amurallada. Por eso, me llamó la atención encontrarme con la misma mujer pálida en el templo de las monjas, como le llaman acá.

Me acuerdo de que era jueves, los días que paso por ahí para dar gracias. Como era mediodía, el atrio estaba vacío. Empujé el portón de piedra y sentí el dorso de las manos muy reseco. Asumí que sería el frío, porque vaya que baja la temperatura conforme el año cierra. Me rasqué muy por encima y me salió sangre. Pensé en que, al salir, debería comprar crema o algo para quitarme la comezón.

Al entrar a la nave principal, la vi otra vez. Estaba sentada en la banqueta del confesionario, como esperando al sacerdote o desempolvando con la mirada los adornos en el techo. Pero ahí estaba otra vez: la misma insistencia con el detalle, con trenzar la mirada en cosas insignificantes. Supongo que sintió mi mirada porque, de un momento a otro, se paró y se fue. Casi como si hubiera recordado que tenía que hacer algo con urgencia.

Salió por la puerta principal de la iglesia sin hacer ruido. Detrás de sí, dejó un caminito de polvo. De pronto, sentí como si las paredes del templo se hicieran chiquititas. Me picaban el cuello, las manos, la frente. No sé en qué momento me senté en una de las bancas de la nave principal. Sentí una mirada nuevamente a mi lado. Al abrir los ojos, me encontré con que uno de los santos en éxtasis me miraba fijamente. Pálido, vestido completamente de negro, con un cráneo en la mano y los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo. Me mareé.

Olía a incienso.

3. El cielo estriado

Me tomó un tiempo reincorporarme. Decidí que no sería buena idea llamar a nadie, porque de todas formas estaban fuera del pueblo y no arreglaría nada con angustiarles. Una de las monjas —con una mano finísima, casi quebradiza— se acercó a mí con un pañito caliente. Recuerdo, como en sueños, que me preguntó si me sentía bien, que si ya había comido o necesitaba algo. La mujer olía a encerrado.

Le agradecí el gesto y me puse el paño sobre la frente. Cada fibra de la tela me quemaba, como si me perforase la piel suavemente. Tenía mucho tiempo que no me sentía así. A lo lejos, escuché un goteo esfumado, difuso. Asumí que las monjas habían dejado la llave del agua abierta en algún momento, o que la cafetera se había quedado prendida. El olor a incienso ya se estaba haciendo molesto. Como esas veces que, en medio oficio, prenden un botafumeiro que bien podría ser un extintor o una máquina de hielo seco.

Me pregunté a mí misma por qué estaba pensando en todo eso. El pañito se volvió tibio. Al incorporarme, busqué a la monja con la mirada. El templo estaba solo. Ni siquiera habían dejado los cirios prendidos. En la oscuridad del espacio, sólo los ojitos suplicantes de los santos tintineaban.

Cuando salí, la luz del día me deslumbró: el cielo estaba estriado.

4. La piel se marchita

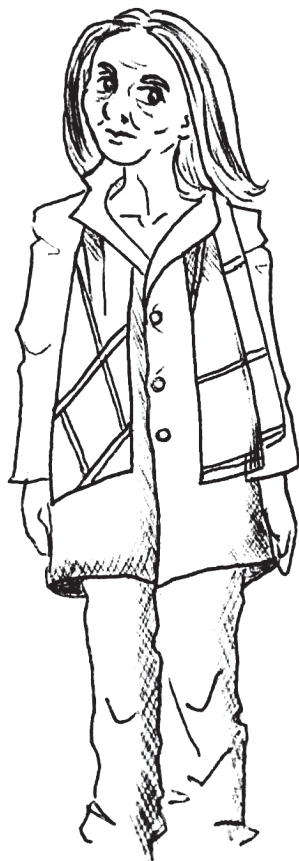
El goteo se hizo más intenso. Sólo cuando salí al atrio me di cuenta de que venía de mi propio cuerpo: no era sudor, sino gotitas de sangre, las que me escurrían por las manos. No sé en qué momento se me habían hecho llagas profundas, ni

por qué no sentía dolor. Dejé caer el pañito que todavía traía en las manos y, casi por inercia, caminé hasta el herraje de la entrada lateral.

Al otro lado de la calle, casi como si me estuviera esperando, estaba la misma mujer de la gabardina gastada de gamuza, mirándome fijamente. Ya en ese momento sentía todo el cuerpo encendido en comezón. Con una voz ligerísima, casi como un murmullo, la escuché decir:

—La piel se marchita.

Y no recuerdo nada más de ese día.



Paul Núñez

El arte de mentir

Salvador Cristerna

Mentir es algo que aprendemos desde la infancia. No sé si antes o de manera simultánea a decir la verdad, pero seguramente previo a conocer el significado de verdad y mentira. En casa se nos enseña —más bien se nos entrena— a repetir de manera mecánica vocablos y fórmulas carentes de significado a fuerza de la repetición. Meros protocolos de convivencia cotidiana: mentiras, al fin y al cabo. Curiosamente nuestros padres, los mismos que nos inculcan el hábito de decir la verdad, son quienes nos enseñan a mentir al hacernos decir lo que otros quieren escuchar, o esperan oír, a cambio de diversas recompensas materiales o afectivas, o simplemente para garantizarnos la aceptación social. Más adelante, ya por cuenta propia, mentimos por conveniencia o interés y, siempre y cuando no abusemos de este artificio —pues bien reza la sabiduría popular cuando dice: «Crea fama y échate a dormir», porque ser tachado de mentiroso es una etiqueta casi imposible de borrar—, la mentira puede ser de utilidad.

En muchas ocasiones funciona mentir, al menos mientras la mentira se sostiene. Y es que bajo ciertas circunstancias hacerlo nos da mayor credibilidad que hablar con la verdad, dado que esta, contra lo que pudiera pensarse, resulta a veces de lo más inverosímil. No en vano se parafrasea a Julio Verne, cuando se dice que «La realidad supera a la ficción». De ahí que la mentira sea un arte. Uno que debe elaborarse de tal manera que resulte absolutamente creíble. Esto es, requiere de ingenio, creatividad, agilidad mental y capacidad de respuesta rápida: de un intelecto superior para construir un tramado complejo que impida el asomo de la verdad por cualquier resquicio. De ahí que las mentiras, para sostenerse, deben por necesidad producir más mentiras.

Y quienes se apegan a la sentencia: «podrás engañar a todos mas no a ti», también mienten. Porque el autoengaño es una de las sutilezas del arte de mentir. Cuando la mentira es recurrente —la práctica hace al maestro—, se perfecciona al grado de reconstruir parte de nuestras vidas sobre otra más endeble que depende de la memoria, como si se tratara de una unidad USB, susceptible de ser regrabada, hasta que la mentira es tan consistente y coherente que no podemos más que aceptarla como verdad, aun cuando no lo sea. Es decir, terminamos por creer nuestras propias mentiras, e incluso por convencer a otros de ellas.

Sin embargo, no siempre se miente por conveniencia o necesidad. También existe la mentira compulsiva, como práctica innecesaria pero imprescindible para quienes de ella se valen a fin de construir una imagen ficticia ante los ojos de terceros. Y no olvidemos la mentira por compasión o mentira piadosa; una de sus variantes más terribles, pues nos brinda tranquilidad

en la conciencia a cambio del engaño, para no dañar innecesariamente a otros con verdades que no quieren o necesitan saber.

Como todo arte, la mentira tiene su propia estética. Existen, por ejemplo, las llamadas mentiras blancas, que pueden poner de un humor negro a quien las descubre, enrojecerle el rostro o hacerle perder el color.

Asimismo, las mentiras desconocen medias tintas y, por ello, vienen sólo en dos tamaños: las más pequeñas, a las cuales siempre se hace referencia en diminutivo y, por supuesto, sus contrapartes, las grandes. Como sea, mentir es mentir, sin importar el tamaño o el color de la mentira. Mentir está en nuestra naturaleza. Quien diga que siempre ha hablado con la verdad miente. El problema no estriba en mentir ni en el tamaño o el color de la mentira, sino en las consecuencias que acarrea el tergiversar la verdad, pues mentimos para ocultar, obtener o justificar algo. Así las cosas, una de las pocas verdades dignas de crédito y con valor universal es que todos hemos mentido.



Carolina Gómez Cea

¿TE GUSTA LEER?
¡ESTO ES PARA TI!



¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!

TALLER DE LECTURA

¿Interesado?



CONTACTO@PORESCRITO.COM

Revista *Por escrito* te invita a su
curso de:

APRECIACIÓN LITERARIA



Para más información
escribe a:

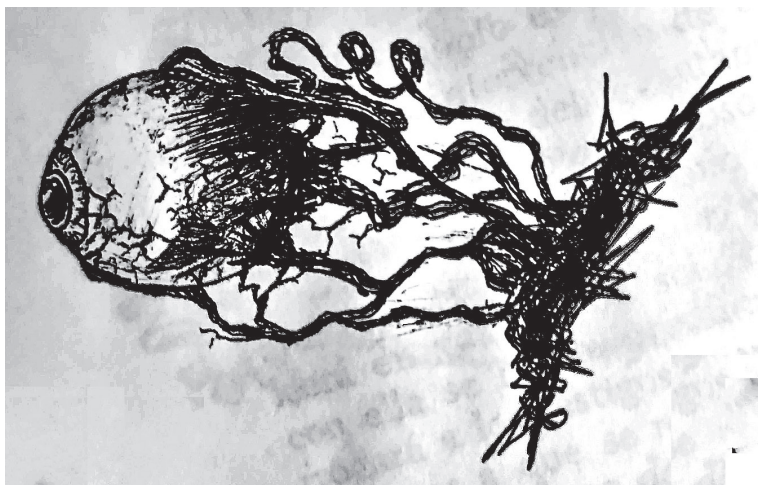
CONTACTO@PORESCRITO.COM



Sin título, Vik Ollpez



*Semejanzas (Mano sobre tierra cuarteada por el paso del tiempo),
Kashya Siqueiros S.*



Sin título, Vik Ollpez



Recolectando muerte, Gibran Jazmeleth Becerril Sáenz



Zorro negro, Ирина Видзяйло



Entre piñatas, Gibrany Jazzmeleth Becerril Sáenz

Génesis de un microuniverso

Gabriel Ramos

Amistad

En la universidad conocí al mejor amigo que he tenido. Él era mayor que yo por tres años y murió hace cinco. Se siente extraño ser el mayor.

Atando cabos

Aquel sujeto perseguía fantasmas. Un día tiró de la ropa de uno de ellos y en el mismo instante, sintió que lo jalaban fuertemente de su camisa hasta derribarlo.

Consecuencias

Conforme se enamoraba de un fantasma, paulatinamente se iba desapareciendo. Tardo tres días en irse de manera completa.

Día especial

Él siempre fue muy especial con sus cosas, sobre todo con su ropa. Nunca permitió que nadie, siquiera, le sugiriera qué corbata debería usar. Pero ese día toda su vestimenta y hasta los zapatos los eligió su mujer. Afuera de la habitación, los de la funeraria esperaban para continuar su trabajo.

Estigma

Todos decían que era un bueno para nada. De la nada construyó un emporio.



Valeria Bandala

Génesis de un microuniverso

Ella se encontraba dentro de aquel lugar, intentaba salir, por el contrario, él quería entrar. Ambos lucharon con intensidad contra la perilla de la puerta que, por fortuna explotó y lograron abrir al mismo tiempo.



Valeria Bandala

Hasta el infinito

Los Faquires, tendidos cada uno en una cama de clavos colocada sobre el pecho del otro, lograron una torre de siete artistas. Cumpliendo con la máxima circense del “más difícil todavía”, adicionaron más y más capas. Cuentan que aún hay faquires escalando esa montaña de clavos y corazones.

Multifamiliar

Aquel hombre regresó de trabajar tan cansado que se equivocó de edificio y departamento. En esa familia fue tan bien recibido que decidió quedarse e iniciar una nueva vida.

No desobedecerás a la abuela

Mi abuela nos decía que si nos alejábamos de la casa llegaría un auto negro, nos secuestrarían y perderíamos nuestros órganos. Mi primo no atendió la advertencia, ahora vive diseminado en diferentes cuerpos.

Obsesión

Tengo fama de cuidar mis libros. No los presto, pero con Martín hice una excepción, se llevó uno que me devolvió sucio y sin forro. Unos días después, insistió en que le prestara *Las 48 leyes del poder*. Lo regresó lleno de grasa y sin varias hojas. Le tuve que aplicar la 42: Muerto el perro, se acabó la rabia.

Paraíso

Después del accidente le quitaron una costilla; Adán, por fin, se sentía completo.



Valeria Bandala

Premonición

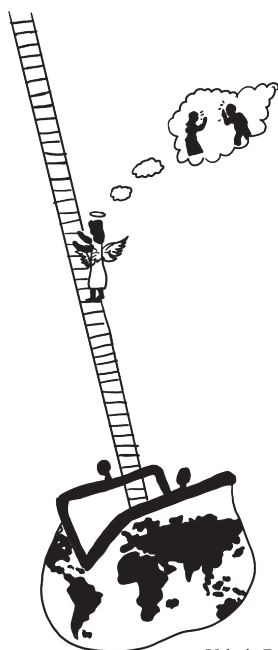
Georgina era una colombiana que vivía en Nueva York, trabajaba como repartidora de correspondencia. De noche tuvo una pesadilla: soñó que un pájaro gigante la atacaba. Eso la atemorizó, pero al día siguiente continuó con sus actividades. Después de desayunar pasó por sus paquetes y poco antes de las nueve estaba en el piso ochenta de la torre norte del WTC, al asomarse por la ventana vio venir un avión de enormes dimensiones.

Refugio

—¿Mamá, podemos dejar de jugar a las escondidillas? Ya estoy cansada.

—No, aún no cariño.

Afuera, papá alcoholizado seguía gritando insultos con un revólver en la mano.



Valeria Bandala

Suicida

Preparaba su número de manera espaciada, cambiaba de país o de barrio en cada ocasión y se quitaba la vida en múltiples formas. Siendo inmortal, le había tomado el gusto a la acción de renacer.

Tercer acto

En la maleta, media hora después de que terminó el espectáculo, el muñeco del ventrílocuo seguía burlándose del público.

Así lo escuché en la radio

Iván Medina Castro

A H.G. Wells

Llegará un día en que un hombre te hablará a miles de kilómetros de distancia, y tú tranquilamente le podrás escuchar donde estés, mas no le podrás ver por estar tan lejos.

Quinta profecía maya

La emoción de saberse poseedores de un aparato capaz de emitir toda clase de expresiones humanas provenientes de ondas electromagnéticas imperceptibles para el ojo humano, tenía al pueblo entero completamente en vilo, contrariando hasta las prédicas inquisitorias del obispo ante la llegada inminente del primer radio a San Juan de los Patos. Tanta fue la conmoción producida por el arribo de la caja receptora en el ayuntamiento un sábado de gloria, que las oxidadas y singulares esquilas del campanario repiquetearon por vez primera después de décadas de mutismo. La concurrencia, aglomerada en los grandes ventanales del edificio gubernamental, decidió festejar el rompimiento de la monotonía prometido por esa maravillosa adquisición. Encendieron cohetones e improvisaron una comilona semejante a la organizada en la boda del presidente municipal con la niña Eduvigés. Después del jolgorio, los moradores, expectantes, siguieron con asombro la nítida e intensa voz del locutor, provocando en algunos escépticos parroquianos la creencia de que alguna persona estaría dentro del arca, obligando a muchos de ellos a asomarse alrededor del artefacto para encontrar la pieza que lo desmintiera, y los santurrones, asustados, juraron la procedencia de aquellos clamores como parte de una invocación a los santos difuntos.

Al destinte del día, se organizó entre la multitud una subasta para turnarse las horas de guardia, y así poder atender durante toda la noche la transmisión. De esa manera, se informaría a los demás sobre algún acontecimiento de relevancia. Para las doce horas, el turno le tocó al lerdo del boticario, quien con gran susto oyó claramente el anuncio de un inminente ataque por seres extraterrestres contra el género humano. El joven testigo de prisa hizo sonar las campanas de la iglesia para convocar a la comunidad en la plaza central. Los asistentes, alarmados en espera de una importante noticia, dejaron narrar sin interrupción lo escuchado por el excitado mancebo, quien concluyó enfático: “el periodista radiofónico recomendó mantenernos en un

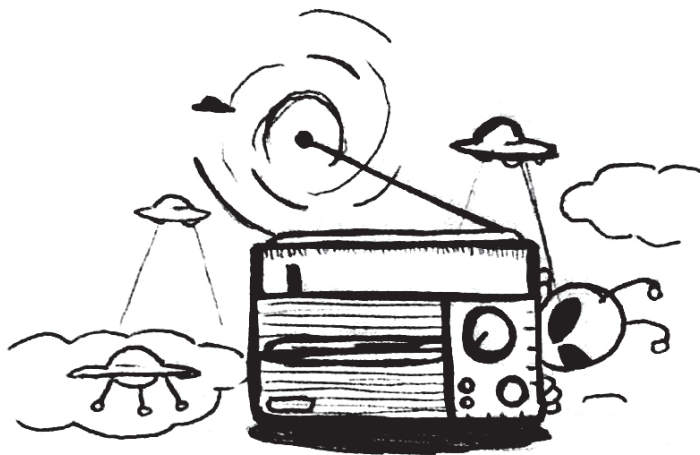
solo grupo y permanecer escondidos dentro de una sólida construcción para, dado el momento de la aparición de los marcianos, sorprenderles con lo primero que hallemos en nuestro entorno”.

Ante la conmoción de la gente, algunos incrédulos quisieron protestar y desmentir tales sandeces; sin embargo, tras escuchar la opinión de varias personas que secundaron al farmaceuta, manifestando avistamientos de platillos voladores, la idea de hacer el ridículo los hizo mejor guardar silencio.

A la mañana siguiente, ávidos consejeros de campaña política del partido minoritario, en busca de potenciales votantes que pudieran apoyar a su candidato electoral, decidieron dirigirse hacia aquel lugar alejado y en desuso, vistiendo trajes color cetrino, y al llegar allí, a bordo de un automóvil largo y argentino destellando luces sin previo aviso, fueron equivocados y asaltados por la embravecida multitud a punta de fustes.

Cuando el cura, absorto, logró darse cuenta de la increíble confusión, ya el vehículo estaba deshecho. Y aunque el gordinflón diputado resultó ileso, le tomaría algunas horas lograr recuperarse del estupor, y al hacerlo, miró altivo a todos y objetó iracundo la razón de su flagrante agravio. Los locatarios, balbuceantes, exteriorizaron su desasosiego y lógica respuesta contra lo que supusieron como una indudable presencia alienígena.

El representante estatal, perplejo al advertir aquella barbaridad, no tuvo más remedio que preguntar de dónde demonios se habían enterado de aquel disparatado boletín informativo. La villa entera, ajena al error, cabizbaja y al unísono dijeron: “pues así lo escuchamos en la radio”.



Paúl Núñez

El secreto de Dionicia

Fidel Cantú

Son las cuatro de la madrugada y Dionicia no ha dejado de hacer ruido con esa tos tan escandalosa que la está matando. Este frío invierno provoca que hasta las gallinas estén acurrucadas en sus nidos. No se escucha el mugir de las vacas, ni los gallos se han dignado siquiera en cantar. Sólo el viento “chiffleona” por causa de su rompimiento con los cables de luz sostenidos por los postes. He tenido la intención de levantarme de la cama y de llevarle una taza de té o café caliente, pero el frío me tiene encobijado hasta el cuello. Nada más la oigo arrojar escupitajos como si algo estuviera atorado en su garganta. Pobre viejecita, tan débil e indefensa, ya tiene muchos años viviendo aquí en la casa. Mi madre Enriqueta la acogió desde muy joven; tenían casi la misma edad. Ella ya murió, pero se le olvidó llevársela. Aquí me la dejó, para hacerme compañía en la soledad.

A las cinco, suena el reloj, y a los pocos minutos se escucha un trajar en el patio de la casa. Dionicia sale por el portón de enfrente, camina despacio hasta donde está la bomba de extracción del agua, abre la llave de la tubería para que ésta salga a presión desmesurada. Al menos no se ha congelado por el frío. Llena dos cubetas que luego cargará de regreso hasta la cocina. Allá viene Dionicia dándose paso entre el lodazal, con sus huaraches de piel que se compró en la talabartería ubicada frente a la plaza Villegas. Se hunde humedeciendo sus pies que, de por sí, ya están helados. Busca por dónde salir, la diviso por la ventana después de haber pasado mi mano para quitarle la opacidad al cristal originada por la mañana fría y por la llovizna que cae desde los tejados. Las piedras mojadas del camino por donde transita Dionicia son resbalosas, pero ella camina lento, aun tosiendo. Trae puesto un suéter de estambre color café y una bufanda a cuadros que le cubre muy poco el cuello. Aunque usa falda, debajo trae puestos unos pantalones de terlenka para cubrir sus delgadas y débiles piernas. Sigue tosiendo. Según ella, no tiene nada, pues asegura que son achaques de la edad. Abre la puerta de la cocina, enciende el fogón con leña de mezquite, sopla con debilidad para prender los troncos. Siempre usa la chimenea, no le gusta cocinar en la estufa. Se le escucha preparar la masa para echar las tortillas al comal. Esta pobre mujer no descansa, aun estando delicada de salud. Sigue tosiendo. Le escucho mientras continúo en mi recámara acostado, esperando a que el güero se asome bien por la ventana y caliente un poco la habitación. No tengo nada más que hacer, sólo esperar a que esté listo mi almuerzo.

Cuando por fin me levanto, me pongo mi bata de franela a cuadros rojos y negros que me compré cuando fui a San Antonio, mis pantuflas afelpadas de lana de borrego y mi gorro de estambre cien por ciento de

algodón. Voy hacia la cocina para almorzar, y ahí está Dionicia. Me acerco a la pobre viejecita. Le doy un abrazo para agradecer todo lo que hace; después, me siento sobre la silla del comedor para que me sirva café caliente con un poco de azúcar y leche. Ella ya sabe cómo me gusta. Luego me pone en un plato unos huevos revueltos con chorizo que ha traído desde Santiago Don Candelario, el encargado del establo; sobre otro plato, pone en una servilleta de tela unas tortillas recién hechas. El almuerzo más rico que he probado. Le he dicho a Dionicia que tiene que cuidarse esa tos, que tome miel con limón. ¡Pobre mujer! Cierto es que no quiero que se me muera. En dónde conseguiría a otra mujer tan trabajadora como ella; esas manos que han perdido las huellas dactilares de no parar. Sólo dormita unas horas, porque estoy seguro de que cuando no estoy en la casa ella se la pasa limpiando; es la que recoge las prendas y los zapatos que arrojo al piso.

Regreso a casa a muy altas horas de la noche, borracho y escandalizando a los perros del vecindario que me escuchan cantar desdichadamente, por el efecto de haber consumido todo tipo de alcohol en el bar Don Valentinos. Abro torpemente la puerta, tropiezo y caigo al piso riéndome a carcajadas por mi mala suerte. Me he gastado casi cinco mil pesos en una noche. Volteo la mirada, y ahí está Dionicia, tratando de levantarme; pero ¿cómo va a poder ella?, si apenas puede caminar...

—Me estabas esperando, viejita linda, qué voy a hacer contigo. No soy tu hijo, pero me tratas como si lo fuera. Sabes que eres lo único que tengo, tú eres mi familia, y para ti, soy lo que te queda.



Paloma Niembro

Pasé de la risa al llanto disimulado y discreto, pero con sentimientos de angustia y soledad. Dionicia sigue tosiendo, para ella ya es normal que tenga espasmos de tos. Al estar cerca de ella escucho cómo sus pulmones se encuentran cargados de flemas. Necesita urgentemente un doctor.

—Te ayudo a levantarte, anda, vamos a la cocina para prepararte algo de comer, que se te baje un poquito la borrachera.

—No, viejita, no te preocupes por mí, vete a descansar, no has de haber dormido nada; ya van a ser las cinco de la mañana, y tú siempre te levantas a esa hora los domingos. Al sonar las primeras campanadas de la iglesia te vas a rezarle al Cristo de Villaseca. Le hablas con mucha fe, por eso siempre tienes esperanza de que todo ocurra como le pides. Déjame aquí un rato, me quedo en el sillón, después me levanto y me voy a la cama.

—Levántese joven, ándele, vamos pa' su cama, pa' que duerma bien; aquí se le va a torcer el cuello. Además está haciendo mucho frío.

(A como pudo, se enderezó. Llegó hasta su alcoba. Dionicia le echó encima una colcha a cuadros que había tejido doña Enriqueta, y se quedó dormido placenteramente, como cuando era niño.)

Al día siguiente, cuando desperté a la cruel realidad, aún mareado por las bebidas embriagantes, salí de la habitación. Ya el sol se encontraba alumbrando la casa, pero no escuché a nadie en la cocina; ni un trasto lavándose, ni un ruido de cacerolas preparando el almuerzo. Nada. Esa mañana me sentí solo. Me pregunto si Dionicia estará en la iglesia. No la veo por ningún lado. La pobre viejita es muy susceptible, seguramente ayer que llegué borracho se ha de haber puesto a llorar o a lo mejor se quedó dormida. Me arrepiento mucho de hacerle pasar estos desvelos, que culpa tiene la pobre de andar batallando con un engreído y prepotente como yo. Mi madre, que en paz descansa, ella la quería mucho. Desde que ella murió, es Dionicia la que se ha hecho cargo de mí todo este tiempo.

Toco la puerta de su recámara, y no atiende nadie para abrirme; insisto en llamarla, pero no responde. ¿Estará dormida?, se desveló ayer, o estará en la iglesia... Todo está en silencio. Salgo al patio de la casa, el sol brilla intensamente sobre las hojas de los arbustos, tomo el periódico y me siento sobre las bancas. ¡Cómo me hace falta una buena taza de café caliente! Me preocupa que nadie me atienda. Suenan las campanas de la iglesia, para anunciar que termina la misa. Ya no ha de tardar Dionicia, nunca falta a dar gracias a Dios en el templo.

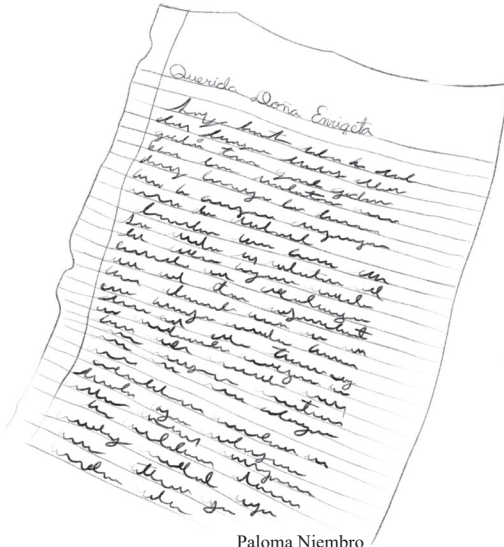
Pasa el tiempo. Ella no llega. Empiezo a ponerme intranquilo. Ingreso a la casa. Vuelvo a tocar la puerta de su cuarto. La casa está muy callada. Golpecé la puerta y la abrí con fuerza destrozando la cerradura. Al entrar vi a la pobre viejita recostada sobre su cama, con las manos tendidas en los costados. Ella no tose más, se ha quedado dormida. Me acerco para tomar sus signos vitales. Ha muerto. Pobre de mi viejita. Estás ya con mi madre. Seguro le estarás platicando que no he sido bueno contigo. Te he dejado morir. Hablo al doctor para que pase a dar fe del fallecimiento. Después me dirijo a la capilla para

arreglar lo del funeral. Será sepultada con la familia. Nunca supimos si alguien del pueblo llevaba su sangre. Siempre estuvo soltera, al menos eso pensamos. De su pasado no nos contaba mucho. Dionicia, descansa ya. Ahora, mis días serán eternos. No tengo a nadie más. No fui un buen “hijo”, lo reconozco, pero le veía todos los días, estaba presente en todos los rincones de esta casa.

Después de sepultar a la pobre viejecita, regreso a casa. Percibo su olor. Me siento sobre el sofá. Debía de haberla atendido mejor, debía de acercarme a ella cuando sólo decía que eran achaques de su edad. A pesar de su debilidad, nunca dejó de trabajar, de atender mis gustos y mis necesidades.

Empecé a hurgar en sus cosas, a abrir los cajones, a descubrir su pasado. Entre todos los documentos y papeles encontré uno en especial. Una carta escrita por un párroco que estuvo en la iglesia hace muchos años. La carta, dirigida a mi madre, doña Enriqueta, solicitaba entre otras cosas que le diera oportunidad a la Sra. Dionicia y a su hijo para que viviera en su casa por un tiempo. Especificaba, además, que la familia había sufrido un atentado en Monterrey, y habían muerto el padre y los abuelos del niño. Habían quedado solos y necesitaban apoyo para salir adelante de la crisis por la que estaban pasando. Levanto mi cabeza, observo hacia la ventana, y con llanto de niño, solo, perdido y ahora huérfano empiezo a gritar a la nada:

“¿Por qué nunca dijiste que yo era tu hijo?, debí saber que tú eras mi madre. Me duele en el alma enterarme ahora de este cruel secreto. Debí de abrazarte y atenderte mejor. Ahora ya no puedo hacer nada, sólo lamentar mi desgracia”.



Paloma Niembro

¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!



←—————→

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

←—————→

Para más información escríbenos:



CONTACTO@PORESCRITO.COM

Disolvensias

Abril Alcaraz

Somos los hombres de la niebla. Nada más. Nuestra piel es húmeda y fría como el toque de la niebla.

La niebla es tan densa que nada se puede ver a través de ella. No vivimos en comunidad y pasamos solos la mayor parte de nuestras vidas. Estamos tan acostumbrados a ir a tientas que a veces no sabemos si tenemos los ojos abiertos o cerrados.

Nos alimentamos de frutos y de nuestra caza. Sabemos cazar sin ver y seguir a ciegas el rastro de nuestra presa.

Nuestras madres nos llevan consigo hasta que somos lo suficientemente grandes como para no perdernos en la niebla.

La niebla está llena de vida. A veces se escuchan gritos. A veces hay susurros que quedan suspendidos en el aire y risas que se alejan. A veces también hay viajeros perdidos en la niebla. Por ellos sabemos que hay lugares claros, donde la mirada se extiende hasta lo que ellos llaman horizonte, que es el lugar donde la niebla se levanta y no se puede ver más. Para nosotros todo es horizonte.

Nuestros pasos no hacen ruidos, nuestra respiración no hace ruido. La niebla oculta nuestro rastro, se abre y se cierra a nuestro paso. Sabemos hablar, pero sólo lo hacemos a susurros.

Somos solitarios, pero cuando en nuestro camino sentimos el roce de otro cuerpo nos detenemos y nos reconocemos con caricias burdas. Hacemos el amor en silencio. Cuando nuestros rostros están lo suficientemente cerca, nuestras miradas se cruzan. Tras el último espasmo, nuestros brazos no son lo suficientemente fuertes para mantenernos unidos y nos deslizamos lentamente lejos el uno del otro hasta que nuestros cuerpos vuelven a fundirse en la niebla.



Valeria Bandala

A veces la niebla canta. Lo sentimos en el cuerpo y bailamos el canto de la niebla.

No sentimos tristeza y no sentimos alegría, pero sabemos lo que son porque el aire nos trae rumores de lugares lejanos donde los hombres tienen la piel cálida y un fuego les agita el corazón.

Cuando dormimos, hay susurros y rostros y caricias en nuestros sueños, o el sabor de una fruta cuyo jugo se desliza por nuestras manos o la sangre caliente de una presa recién cazada.

A veces nos reunimos varios en el mismo lugar. Nos sentamos sin hablar, un poco alejados unos de otros. No nos vemos, pero percibimos la presencia de los demás. Después de un tiempo, uno se levanta y se va. Luego otro y otro hasta que no queda nadie, y es como si jamás hubiésemos estado allí.

También nosotros estamos hechos un poco de niebla. Por eso, cuando morimos, nuestros cuerpos se descomponen en jirones que el aire arrastra y no quedan restos que sepultar.

Somos los hombres de la niebla. Nada más.



Valeria Bandala

A través de los sueños

Natalia Cobo

Estaba contemplando el atardecer. Los colores que brillaban eran hermosos y aún no se iba el sol.

Momentos como este me hacen pensar que nunca más podré compartirlos con mi mamá.

No puedo dejar de sentirme vacía y desconsolada. Por eso me gusta quedarme viendo el cielo, las nubes o los árboles hasta que recuerdo mi realidad. La verdad es que es muy difícil vivir así. He tenido momentos fuertes en mi vida, pero jamás pensé vivir esto. Esa noche, esa noche donde todo cambió, ni siquiera soy capaz de hablar de esto aún.

—Grecia, ¿ya viste la hora? Hija, otra vez estabas divagando, ¿verdad? Ya vámonos, tu abuela se va a enojar —dice mi papá en tono de amable regaño.

—Sí, perdón, déjame ir por mis cosas —respondo sin mucho ánimo.

Ya estamos en camino a la casa de mi abuela, estamos pasando por la calle París. Me encantan estos árboles, me hacen sentir viva, pero no es lo mismo que antes. Ahora cada vez que paso por aquí recuerdo a mi mamá y todo se vuelve de color otra vez. Huele a un perfume que le encantaba. Es un olor muy peculiar pero lo que puedo decir es que era muy dulce. La veo desde el asiento de atrás, cómo su cabello chino rojizo brillante se mueve cuando baila. Mi papá, mi papá está sonriendo... me duele mucho pensar en esto, tiene tiempo que no lo veo sonreír de esa manera.

Desde entonces mi papá y yo ni siquiera hablamos en el coche y todo está gris.

Por fin llegamos a la casa de mi abuela. Ella también extraña mucho a mi mamá, pues primero fue la muerte de mi abuelo y se quedó sola, aunque ella siempre fue muy independiente. Sé que lo extraña mucho. Yo también lo extraño, pero ya tiene muchos años que sucedió.

Para la abuela, mi mamá era como su hija y la adoraba.

Lo único que no me gusta de venir a su casa es que siempre me ve con un poco de lástima y detesto que las personas me vean así; aunque no la culpo, yo también me vería con lástima.

—Hola, mi niña, ya tenía muchas ganas de verlos. Les preparé los chiles rellenos, que tanto les gustan —dice mi abuela Lucía con una voz dulce.

—Hola abuelita, ya te extrañaba mucho, ¡qué rico!, me muero de hambre —le respondo con felicidad.

Puedo decir que me gusta venir aquí. Es como si por un momento todo está bien y puedo fingir que no pasa nada.

.....

Qué raro. ¿Por qué estoy abriendo los ojos? ¿Estaba dormida? Una luz muy fuerte me está cegando.

—Sigue mi dedo, Grecia. ¿Me escuchas? —me dice mi papá con voz suave pero firme y advierto su alarma.

No entiendo qué es lo que pasa. Veo a mi papá mordiéndose los labios. Se ve muy preocupado. No lo veo mordérselos así desde esa noche.

Ahora que recuerdo, estábamos en la casa de mi abuelita Lucía, comiendo en la sala pero, como siempre, empecé a divagar y de repente todo se puso negro.

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

—Los dejo solos para que hablen —contesta un doctor que no recuerdo haber visto llegar.

—Hija, qué bueno que ya despertaste, estaba muy preocupado. ¿Cómo te sientes?

—Me siento muy cansada, pero ¿qué es lo que pasa?

—No sabemos, hija. Estábamos comiendo y de un segundo a otro te quedaste dormida. Pero no quiero que te preocupes, por favor. Todo va a estar bien.

Ya no creo en la frase “todo va a estar bien”. Me lo han dicho muchas veces y casi siempre las cosas no lo están.

Ya estoy en mi casa. La verdad es que estoy agotada. Estoy muy cansada físicamente pero no creo que más agotada que mi sentir. Estoy harta de vivir estas situaciones. Mañana iré con un especialista del sueño, ya que el doctor que me atendió me dijo que tenía un probable caso de narcolepsia. Pero ¿qué es la narcolepsia? La verdad es que no lo sé. Lo único que me dijo el doctor es que es un trastorno del sueño. Curioso, ¿no?

—Hija, ¿puedo pasar? —dice Martín, mi padre, mientras toca suavemente la puerta de mi cuarto.

—Claro. Papá, solamente estaba...

—¡Divagando! —exclamamos los dos al mismo tiempo, y también al mismo tiempo se nos escapa una pequeña risa.

—Ahora que lo pienso... tal vez eso tenga que ver con algo que pasó hoy —afirma él de nuevo con preocupación.

—Yo no tengo nada, papá —digo furiosa y con soberbia—. El doctor se equivoca. Me quedé dormida porque seguramente estaba muy cansada.

—Está bien, hija, no te enojés, por favor. La decisión de ir con

el especialista de sueño ya está hecha, así que mañana veremos qué sucede. Ya descansa, por favor.

De verdad yo no tengo nada. ¿Por qué me dormí? No lo sé, la verdad. Si estoy un poco asustada pero no quiero pensar que tengo un trastorno.

Estoy en el hospital. Ya vi al especialista de sueño. Me hizo preguntas que fueron fáciles de contestar, pero creo que eso no es muy bueno ya que me están preparando para las pruebas, exámenes y estudios. Estoy segura que tiene que ver con mis respuestas.

Mi papá se ve algo tranquilo, supongo que es porque al menos no me está pasando algo más grave, pues ¿qué tan malo puede ser un trastorno del sueño?



Paloma Niembro

.....

Ya me harté de los estudios. El ver las caras de los doctores me asusta, me da desesperación no descifrar lo que piensan y de verdad lo único que quiero en este momento es a mi mami, la extraño tanto...

Sé que mi papá hace su mejor esfuerzo, pero no alcanza a llenar este vacío en mi pecho. Cuando veo que mi papá frunce el ceño y se le ponen muy brillosos sus ojos sé que está preocupado, y me duele, de verdad me duele verlo así. Aunque quisiera decirle lo mucho que lo amo y que su esfuerzo, para mí, es lo más lindo que puede intentar. Pero lo único que sale de mí es indiferencia, tristeza y me rodeo con esta aparente fortaleza que sólo me hace más daño.

—Hija... —me llama mi papá mientras se sienta a mi lado en la sala de espera.

—Dime, papá —le contesto con frialdad a pesar de que quiero ser más cálida.

—¡Te tengo una buena noticia! Los doctores me informaron que sólo falta una prueba. Lo malo es que la prueba es pasar la noche aquí y van a monitorear tus sueños.

—Per...

—Escúchame... —me interrumpe con firmeza—. Quiero que sepas que siempre voy a estar aquí y en ningún momento te voy a dejar sola.

Únicamente siento ánimos para verlo con esperanza y confusión.

—Sé que estás cansada, pero quiero que pienses que falta muy poco para acabar con todo esto y pronto nos iremos a casa, ¿sí? —insiste mi papá con inmenso cariño.

—Eh... sí, papá, claro... —digo no muy convencida.

Tenía tantas cosas que decir antes de que me interrumpiera, pero la verdad es que no esperaba esas palabras. Siento enorme tristeza, pero no por mí, sino por él. Quisiera abrazarlo.

.....

Ya es de noche y es momento de pasar por la última prueba que se llama polisomnografía. Todo parece muy sencillo pues sólo me tengo que dormir, pero la verdad es que esta situación es bastante incómoda, me siento muy rara al sentir que va a haber doctores observándome y monitoreando mis sueños.

Mi papá me trajo mi pijama. Me doy cuenta cómo todos intentan que me sienta lo más cómoda posible y que no sienta que estoy en una clínica del sueño. Puedo decir que sí han sido muy delicados conmigo, pero... ¿eso de qué me sirve? Aunque sean así de amables conmigo, no se desvanece el hecho de que me van a observar. Me cuesta bastante trabajo reconocer que en el fondo de todo esto tengo mucho miedo.

Ya me enseñaron el cuarto en el que voy a dormir. Es como si fuera a pasar la noche en un hotel. Es chistoso porque no se parece nada a lo que yo pensaba. Creí que me iba a dormir en las camas que te colocan para tomarte una tomografía, pero en realidad es nada más un cuarto para dormir. Esto me hace sentir aún más extraña. A veces se me dificulta poder describirlo pero es un vacío raro en el estómago.

Se supone que ya me debería dormir. Me colocaron sensores en la cabeza y en algunas partes del cuerpo. Mi papá se quedó a dormir en el sillón y apagaron las luces. No queda más que intentar dormir...

¿Qué es esto? No me puedo mover ni hablar, sólo puedo mover los ojos y respirar, huele extraño y tengo mucho miedo. Cada vez respiro más fuerte y poco a poco siento que me puedo mover.

Por fin me puedo mover.

—¡Papá! —digo con un volumen alto.

—¿Qué pasó hija? —me contesta con un tono de preocupación.

—Es que... no sé como explicarlo, me desperté y no me podía mover, ni hablar y tenía mucho miedo.

A los segundos de decir eso, llegó la doctora que me atendió, y me explicó que el evento que me acababa de suceder se llama “Parálisis del sueño” y que es causado cuando tu cuerpo entra en la fase REM mucho más rápido de lo normal. Entonces, tu cuerpo se siente raro y lo que hace es despertarte. Pero debido a que estás en la fase REM, una parte de ti esta despierta y la otra dormida. Entonces, tu cuerpo hace que no te puedas mover, para protegerte y evitar que te lastimes.

No supe qué contestar. Simplemente asentí.

La doctora me acomodó de nuevo los sensores y me dijo que tenía que intentar volver a dormirme para seguir con la prueba.

Tengo mucho miedo de volver a dormir y al ver a mi papá sé que él se dio cuenta. Me vio con sus ojos de ternura y preocupación. Esta vez no tuvimos que comunicarnos con palabras. Simplemente acercó el sillón a la cama y me tomó de la mano. No dijimos ni una sola palabra y por primera vez en mucho tiempo, me sentí segura. Cerré los ojos y poco a poco me fui quedando dormida.

.....

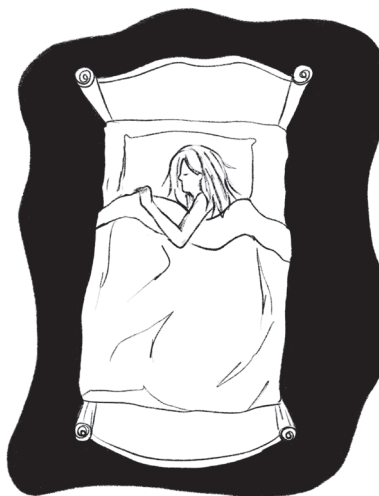
Estoy en una alberca preciosa. ¡Cómo me encanta estar en el agua! Nunca había estado en una alberca así: tiene azulejos morados y el agua es más cristalina de lo normal, además de que no huele a cloro. Es raro pero muy bonito.

Veo que una persona se está acercando hacia mí pero... se ve muy borrosa de lejos y la verdad mientras más se acerca menos quiero confrontarla... Qué sensación tan rara. Me voy a salir de la alberca para alejarme de ella, pero siento que cada vez se acerca más rápido. ¿Por qué si acabo de salir de la alberca no estoy mojada? Espera... estoy soñando.

.....

Ya es de día y aún sigo sorprendida por lo de anoche. Fue tan real que sentí como si de verdad hubiera pasado.

La última prueba terminó y por fin estoy en mi casa. Mi papá y yo estamos esperando a que le marquen a su celular para saber si tengo narcolepsia o no.



Paloma Niembro

El estar aquí con mi papá esperando, en silencio, me hace sentir algo incómoda. Desde que mi mamá no está ya casi no hablo y siento que sólo me puedo expresar en mis pensamientos.

Voy a decirle a mi papá lo que significa para mí que esté conmigo. Lo pienso y lo pienso, pero no me salen las palabras...

—Papá... —me interrumpe el timbre de su celular.

—Voy a contestar —me responde él.

Supongo que todavía no es el momento de expresar lo que siento. Por fin colgó el teléfono.

—¿Qué te dijo, papá? —le pregunto con ansias.

—Hija... El doctor me dijo que todo indica que tienes narcolepsia y quiere hacer una cita para verte.

.....

¡Huele delicioso, como a masa de hot cakes!... pero estoy caminando sobre gelatina, no puedo creerlo ¡es muy divertido! Creo que si empiezo a saltar voy a poder volar, me siento muy ligera y libre.

Veo a lo lejos y otra vez alguien se acerca. No sé quién es pero me siento extraña. Y en el instante en que volteo hacia el otro lado... me sujetan de la mano.

—Abuelo... ¿eres tú? —digo sorprendida y con la boca abierta.

—Sí, hija, soy yo —me contesta con voz cálida y me mira con sus ojos de ternura.

Es en este momento que me doy cuenta que estoy en un sueño, otra vez.

—Sé que estoy en un sueño. Entonces realmente no eres tú —le digo con mucha decepción.

—Grecia... es que sí soy yo. Necesito que confíes en mí, aunque todo te parezca extraño.

.....

—¡Hija!, por fin despiertas —me dice mi papá exaltado.

—Me volví a quedar dormida —le contesto.

Me imagino que para él debe ser muy fuerte ver cómo me quedo dormida tan inesperadamente.

—Estaba tan preocupado que le hablé al doctor, me dio unas indicaciones y hoy mismo tenemos la cita con él —me dice mi papá de una manera firme pero con agobio.

—Está bien, papá —contesto.

.....

Ya tuve mi cita con el doctor y estoy de regreso a mi casa. No puedo dejar de darle vueltas a todo lo que me dijo: que no tiene cura, no se sabe cuál es la causa exacta pero puede llegar a ser hereditario, puedo sufrir parálisis del sueño, pérdida repentina del tono muscular y llegar a tener alucinaciones. Todo esto es muy fuerte para mí. Es muy raro pensar que tengo que vivir esto. Sólo quiero ser libre, como antes.

.....

Ha pasado una semana desde que me dijeron que tenía narcolepsia. Ni siquiera me gusta decir esa palabra. Pero lo único bueno es que en estos días no he tenido ningún síntoma y he podido relajarme un poco. Me está dando mucho sueño.

.....

Hace mucho que no venía a la playa. A mí me encanta estar en contacto con la naturaleza. Sentir la arena en mis pies... ¡y la brisa! Veo a lo lejos que mi abuelo se acerca.

—Abuelo, volviste —le digo con felicidad.

—Claro que sí, hija, te dije que confiaras en mí —me contesta con entusiasmo.

—Ahora, si de verdad confías en mí, necesito que me escuches —continúa.

Me quedo callada y sigo escuchando.

—Las personas no tienen idea de lo que son los sueños en realidad. Conocen muy poco de ellos y creen que todo es creación de su mente, cuando no es así. Los sueños son realidades paralelas. Nuestra mente es tan poderosa que cuando dormimos tenemos la capacidad de viajar a otras realidades, sin dejar a un lado que, con la mente, puedes lograr todo lo que tú quieras.

—Abuelo... es mucha información para mí. No entiendo por qué me estás diciendo esto —le digo confundida.

—Quiero decirte esto porque yo ya pasé por lo que ahora tú estás pasando. Me siento algo culpable porque nunca les dije, pero a mí también me diagnosticaron narcolepsia.

—Pero, ¿cómo no nos dijiste? —le reclamo exaltada y con molestia.

—Tu abuela sí lo sabía, pero no queríamos preocuparlos. Sé que estás enojada, pero tu sueño ya va a terminar y necesito decirte unas cosas.

Mientras mi abuelo habla, veo cómo la playa va desapareciendo poco a poco.

—Tienes que luchar contra tus miedos. Esa es la cura. Tienes que salvarte y hacer lo que yo no pude, antes de que sea muy tarde y no puedas regresar —me dice viéndome a los ojos.

.....

Ya desperté. Estoy muy agitada. ¡Mi sueño fue tan real! Sé que el doctor dijo que podía tener alucinaciones pero estoy dudando si realmente sucedió. ¿Qué tal si lo que me dijo mi abuelo es verdad? ¿Si no enfrento lo que más me da miedo, me quedaré así para siempre?

.....

Han pasado varias semanas desde que soñé con mi abuelo y mis sueños cada vez son más reales. Lo curioso es que sueño cosas que vivo día a día y me da miedo aceptarlo, pero mis sueños se vuelven como recuerdos y a veces no logro diferenciarlos de la realidad.

Ayer fui al cuarto de mi papá a llevarle su cargador porque yo estaba segura de que me lo pidió y me dijo que nunca fue así. Le dije que seguramente lo había soñado... y sí lo soñé, pero yo recordaba que pasó en la realidad. ¿Será esto a lo que mi abuelo se refería? No quiero que sea muy tarde para arreglarlo. Tengo que hacer algo.

.....

Esta vez me voy a dormir yo y voy a intentar contactarlo. Si mi abuelo aparece significa que todo lo que me dijo es verdad.

Voy a respirar y cerrar los ojos. Poco a poco siento cómo me voy quedando dormida... y por fin estoy soñando. Estoy en un bosque y el cielo está algo nublado.

—¡Abuelo! —grito con mucha fuerza.

¡Sí llegó! Pensé que no era verdad, pero sí, es él. Desde este momento voy a confiar en todo lo que me diga, pues ya no quiero vivir así.

—Mi princesa —me dice mirándome fijamente a los ojos—. Quiero que sepas que siempre que tú me llames yo voy a venir. Ahora quiero que me digas, en esta ocasión, ¿por qué me llamaste?

—Sentía que ya no querías verme —me atrevo a decirle, y continúo—. Abuelito, tengo mucho miedo. Hay días en que ya no sé diferenciar la realidad de mis sueños y estoy segura de que ya no quiero vivir así —le confieso mientras se me salen las lágrimas.

—Ay, mi niña. Sabía que este día llegaría. Aún estás a tiempo, pero necesitas hacer todo lo que yo te diga. Ven, vamos a sentarnos.

Estar con él hace que me sienta en paz. Es bonito poder tenerlo cerca. Mi abuelito encuentra el lugar perfecto y nos sentamos.

—Grecia, como ya te dije, lo primero que debes hacer es enfrentar tus miedos. Y la única persona que sabe cuál es el más grande de todos... eres tú.

—Pero ni siquiera sé por dónde empezar —le digo con desesperación.

—Lo que estás haciendo es una especie de sanación, y requiere mucha paciencia. No todos son capaces de enfrentar lo que más les aterra. Por eso es que tienes que ser muy fuerte —me contesta mi abuelo con gran seriedad—. Ahora, Grecia, yo sé por dónde comenzar. Cuéntame, ¿qué pasó esa noche?

Sabía que me iba a preguntar algo relacionado con mi mamá, pero no puedo... de verdad no puedo con esto... Soy más débil de lo que pensaba.

—No quisiera... no puedo hablar de eso. ¡Abuelito... no quiero! —casi grito llorando.

—Grecia, ya no hay vuelta atrás. Tienes que hacerle frente o te quedarás atrapada en tus sueños, entre la realidad y los sueños para siempre. Tienes que ser fuerte —me dice viéndome con tristeza.

Tengo que hacerlo, tarde o temprano iba a llegar este momento y no puedo escapar de él.

—Esa noche... —le comienzo a contar a mi abuelo— mi mamá tenía ganas de estar con la familia, pues me dijo que se sentía algo triste, pero yo tenía planes para salir con mis amigos al cine y le dije que no me quería quedar con ella. Mi mamá se enojó. Nos empezamos a gritar. Le dije cosas muy feas y me escapé. Esa fue la última vez que la vi... ¡y le dije cosas horribles!

Me está costado mucho trabajo contarle eso a mi abuelo, pero debo seguir.

—Cuando llegué a la casa mi papá estaba llorando y no podía ni hablar para decirme lo que acababa de pasar. Mi mamá había ido a buscarme para pedirme perdón, cuando en un momento una persona que estaba bebiendo y conduciendo su coche no se fijó y le chocó a mi mamá de frente. Los médicos dijeron que mi madre murió inmediatamente. ¡Y todo por buscarme! ¡Fue mi culpa! ¡Todo por mi culpa! —le digo a mi abuelo.

—Grecia, yo sólo estaba aquí para guiarte. Tú sola hiciste esto. Mira hacia atrás.

Me siento confundida, pero cuando volteo la mirada, ahí estaba la persona que más esperaba ver.

—¡Mamá! —grito mientras corro directo a sus brazos—. ¡No sabes cuánto te he extrañado!

—Mi niña hermosa —me dice con cariño—. Escúchame bien y que nunca se te olvide: nada de lo que sucedió fue tu culpa.

—Sí lo fue, mamá, si no me hubiera peleado contigo no hubieras ido a verme y nada de esto hubiera pasado —le digo llorando mientras la veo a los ojos.

—No, mi amor. No fue tu culpa. No puedes cargar en la vida con la responsabilidad de algo que no es verdad. Cuando somos seres humanos,

estamos viviendo una experiencia llena de emociones y vivencias, muchas que no son placenteras y nunca vamos a estar preparados para vivir eventos como estos. La muerte es parte de la vida porque sin ella no existiríamos. Así como para que la luz exista, tiene que existir la oscuridad. De ahora en adelante tienes que vivir feliz, aunque yo ya no esté. Tienes que cumplir tus sueños y seguir siendo la niña tan maravillosa que eres. ¿Me lo prometes? —me dice con tanta ternura.

—Te lo prometo, mami. No quiero que te vayas otra vez —le ruego sin soltarla.

—Es momento de irme, y es momento de que tú también te vayas y seas libre. Siempre que me quieras ver yo voy a estar contigo.

—¡Te amo! —decimos al mismo tiempo.



Paloma Niembro

Mientras la abrazo, siento cómo todo va desapareciendo y sé que ya estoy a punto de despertar.

Después de pensarlo mucho me doy cuenta de que ella estuvo presente en todos mis sueños: la alberca, porque me recuerda cómo me sentía en su panza, el olor a hot cakes, porque ella me los hacía, y la playa, porque cuando estaba chiquita me dijo en una playa que siempre que el cielo estuviera rosa, era ella amándome. Ahora sólo tengo que arreglar una última cosa.

—Papá, ¿puedo pasar? —le digo en la puerta de su cuarto.

—Claro que sí, hija —me contesta.

—Quería decirte que creo que he estado muy distante desde que murió mi mamá y no he podido demostrar lo mucho que te amo y que te agradezco que siempre estés conmigo. Perdóname por alejarme de ti.

—Grecia, yo te voy a amar siempre pase lo que pase. Y lo que hemos vivido no ha sido fácil, pero yo le agradezco a la vida que te tengo conmigo —me dice mi padre con los ojos llorosos.

—Te amo, papá —le respondo llorando.

.....

Ya pasaron algunas semanas desde que arreglé las cosas con mi mamá y no puedo decir que no estoy triste. Siempre la voy a extrañar, pero lo que sí puedo decir es que después de mucho tiempo no me siento sola y vacía. Me está tomando mucho trabajo recuperarme de esto y como sé que no puedo hacerlo sola, le dije a mi papá que quería tomar terapia. Hoy me siento mejor. Desde que enfrenté mi miedo no he tenido ningún episodio de narcolepsia, pero gracias a todo lo que me pasó, siempre que quiero puedo ver a mi mamá a través de los sueños.

Desintegración

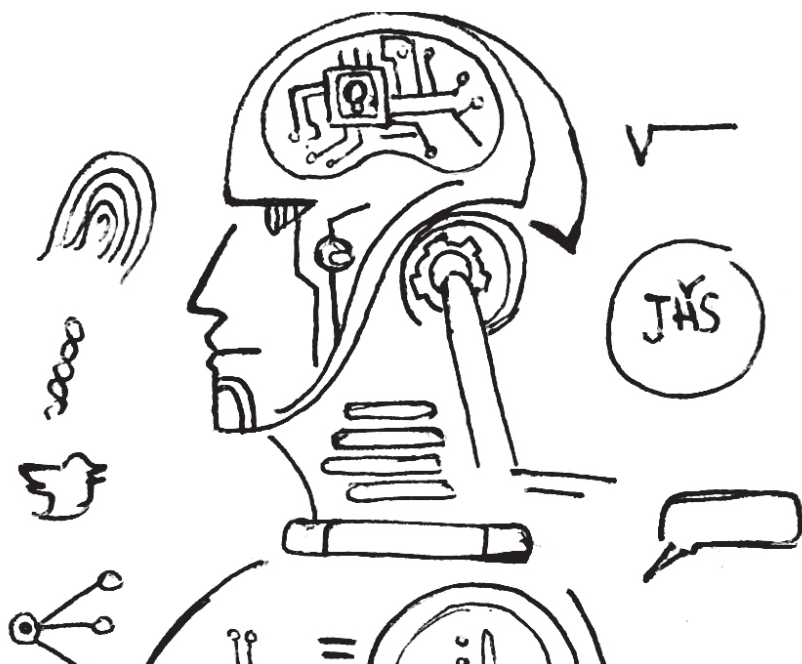
Héctor Daniel Olivera Campos

Los presidentes de gobierno eliminaron las ruedas de prensa. A partir de ese momento las comunicaciones con los periodistas y con los ciudadanos se efectuaron a través de apariciones de los políticos en plasma. Más tarde los parlamentos instauraron las investiduras telemáticas y se prescindió de que los presidentes y ministros residieran en el país en el que debían ejercer sus funciones.

Se admitieron las videoconferencias en el ámbito judicial y éstas, también, acabaron sustituyendo a las reuniones de empresa.

Cerraron las sucursales bancarias. Todas las gestiones debían realizarse a través de los cajeros automáticos o internet.

Los libros en papel fueron arrojados a la basura en favor de los e-books.



Paúl Núñez

Las mascotas fueron prohibidas por insalubres. Los tamagotchis las reemplazaron.

El fallecido Roy Orbison protagonizó una gira de conciertos en formato holograma. Otros muchos artistas siguieron su estela.

Los nuevos excluidos sociales pasaron a ser aquellos que no tenían firma electrónica.

Se crearon burdeles robotizados con muñecas sexuales de apariencia humana. Más tarde, los robots sustituyeron a miles de trabajadores de carne y hueso en todos los sectores de la economía: recepcionistas, taxistas...

Para solventar el déficit de sacerdotes católicos se permitió confesarse y comulgar telemáticamente mediante la aplicación Tele-Ostia Go. Las confesiones eran subidas a la nube y mediante un mensaje de WhatsApp se recibía la penitencia y la absolución. La recepción en el móvil de una Sagrada Forma Virtual equivalía a comulgar en la iglesia.

Una tarde regresé a mi casa de trabajar y al intentar besar a mi esposa descubrí que era un holograma. En el interior de la nevera encontré un pen drive que contenía su nota de despedida. Las noches de tormenta el holograma de mi mujer se desvanece y, entonces, lloro sumido en una atronadora soledad.



9 de cada 10 personas
prefieren comer en

PANCHA PATA

¿quieres ser el décimo?

Amores 949, esquina con Ángel Urraza

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (†)
Andrea Fischer
Fernando Corona
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Eiisa Márquez de Sampedro

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Imagen de portada
Se rompió el ideal
Ignacio Navarro

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy
Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:
Brandon Hurrle García
Fabianne Gutiérrez
Sofía Aranka

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 5575 0476



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número cuarenta y tres. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Abril - Mayo de 2023.

Ultimátum

*Inanimado lápiz que en mi mano
mis odios graba o mis ensueños mece.
En tus concisas líneas aparece
la vida fácil, el camino llano.*

Salvador Novo,
Soneto



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir